

XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2019.

MARTÍNEZ ESTRADA: UNA ARQUEOLOGÍA IMAGINADA DE LAS CIUDADES.

Gabriel Ravano.

Cita:

Gabriel Ravano (2019). *MARTÍNEZ ESTRADA: UNA ARQUEOLOGÍA IMAGINADA DE LAS CIUDADES*. XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-023/64>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

MARTÍNEZ ESTRADA: UNA ARQUEOLOGÍA IMAGINADA DE LAS CIUDADES

Gabriel Hernán Ravano

Eje 1 Filosofía, Teoría, Epistemología, Metodología

Mesa 13: Sociedades americanas

Profesorado “Alfredo L. Palacios”

tupacravano@gmail.com

Resumen de la Ponencia

En la ensayística de Martínez Estrada las ciudades ocupan un lugar destacado que atraviesa toda su obra. En varias obras aparecen en contraposición a un mundo natural que imaginaba libre de la alienación y racionalización de las modernas metrópolis, otras veces como construcción artificial sobre las pampas que siempre terminan aflorando. En todo caso, lo territorial aparece en el pensamiento de Martínez Estrada con un determinismo casi metafísico sobre la existencia humana, concibiendo la historia más allá de tiempo lógico y atrapada en los tiempos cíclicos del mito. Ciclos donde el espacio urbano aparece en capas imaginarias destinadas siempre a aflorar y reaparecer. En la ensayística de Martínez Estrada -ensayo con mucho de lenguaje mítico y profético; y de poética de los espacios- ciertas intuiciones puestas en juego nos permiten repensar los imaginarios urbanos, como ese universo de imágenes y símbolos en el cual, los urbícolas entablan su existencia cotidiana como farsa y como tragedia.

Palabras clave: Ensayo latinoamericano – Ciudades – Sociología urbana

INTRODUCCIÓN

El canon ubica a Martínez Estrada en la historia de la literatura pero se resiste a incluirlo en la historia de la sociología. Tal vez él mismo no hubiera querido incluirse en ninguna de las clasificaciones. Tal vez ni siquiera sea necesario: han sido formas híbridas, eso que dan a llamar “ensayo latinoamericano”, lo que ha puesto voz en papel a las angustias del sur, que hasta entonces habían “sido hablados” por el poder colonial. Tal vez solo convenga dejarlo en el rol ambiguo de “escritor”.

En cierto modo, no se convierte en sociólogo, es llamado al pensamiento social. Porque la entrada de Martínez Estrada a la reflexión social se da a partir de lo que muchos sectores percibían como una auténtica catástrofe civilizatoria. La crisis de 1930 se inscribe, en la poética del empleado de Correos que era en ese momento, arrasando los tiempos cíclicos de la naturaleza que describía en sus versos pastoriles, disolviendo las nubes de sus meditaciones existenciales, y empujándolo a los maremotos de la Historia, una historia entendida como mito con su eterno retorno de auge y catástrofe. Si la naturaleza de la historia es cíclica, por sobre lo que vemos en el presente el pasado siempre emerge -como capas geológicas inestables- bajo nuevas formas que atraviesan la noche de los tiempos.

En una primera mirada, puede ser correcto, al analizar la obra de un ensayista latinoamericano rastrear sus fuentes “transoceánicas”, es decir, el impacto del pensamiento europeo y norteamericano en su obra. Después de todo, durante siglos los latinoamericanos hemos sido hablados en vez de hablar. En el caso de Martínez Estrada, no está mal ver las huellas de Spengler, de Simmel, de Rousseau, algo de Nietzsche, como han hecho, para citar algunos, Sebrel y J.A.Ramos desde diferentes orientaciones del marxismo. Tal vez, no este mal señalar –siguiendo determinados patrones- la vinculación de Martínez Estrada con cierto pensamiento reaccionario europeo. Sin embargo, estas autopsias a veces niegan toda autonomía al pensar sociológico latinoamericano. Las genealogías siempre piensan discípulos del Viejo Mundo.

Más bien, aun reconociendo esas influencias, tal vez deberíamos probar reconocerlo como teórico por derecho propio, o inscribirlo en las genealogías latinoamericanas de pensamiento. Estamos demasiado acostumbrados a analizar la obra de Martí, Sarmiento, Haya de la Torre como panfletos políticos, documentos históricos, etc., más que como producción teórica en si misma. ¿O a alguien se le ocurriría poner en el mismo estante del canon a Das Kapital y al Facundo?

Ya que citamos una obra de Sarmiento, viene a cuento a aventurar lo siguiente: la obra de Martínez Estrada, hasta cierto punto de quiebre, puede ser leída “en paralelo” a la evolución del pensamiento de Sarmiento. Es decir, es contradictoria, y por lo tanto unida, al pensamiento del sanjuanino y a la

dicotomía inaugural civilización y barbarie. Y digo punto de quiebre, porque –insospechadamente– la revolución cubana vino a inscribir en su pensamiento otro “par cíclico”: el imperialismo y la utopía, que en los tiempos míticos de Martínez Estrada toman el cariz de la lucha de ángeles contra demonios.

Pero vayamos a las ciudades. Lo urbano aparece fuertemente en la obra de Martínez Estrada no solo como la imagen opuesta a la naturaleza, sino como el enclave inauténtico de Europa en América. Y en 1940 le dedica un libro a la “Reina del Plata”. ¿Microsociología simmeliana? ¿Viñetas de la ciudad? ¿Recopilación de sensaciones urbanas a lo Benjamin? Al fin y al cabo, para más o menos esa época, las grandes ciudades, después de atravesar guerras y crisis, eran para el hombre una fuente de angustias y de misterio. Lugares para la aventura y el crimen.

Para Martínez Estrada, Buenos Aires es siempre vista con el recelo y el extrañamiento de un hombre originario del interior con una eterna nostalgia por una arcadia rural que tal vez no haya existido jamás. Pero en segundo lugar, es el lugar de nuestra falta de identidad y proyecto, nuestra inautenticidad, una enorme cabeza que succiona al interior y lo inyecta de sus influjos coloniales.

Ante la pregunta implícita sobre cuáles pueden ser los aportes del escritor Martínez Estrada a la sociología / antropología urbanas, recordemos que uno de los padres fundadores, Robert Park, provenía del periodismo, y veía una continua retroalimentación entre las formas populares de este y la sociología. Y en nuestro contexto, las primeras reflexiones sobre la vida cotidiana urbana provienen más de ensayistas y novelistas que de sociólogos con identidad de tales.

Martínez Estrada produce una poética del espacio urbano, donde determinadas imágenes ensambladas crean una suerte de sistema desde donde poder pensar la ciudad como un texto. Esa ciudad que recrea no tiene una historicidad lineal, la historia de las sucesiones lógicas, sino la circularidad del mito. Martínez Estrada ve, entonces, a la ciudad como un ensamblaje de capas mitológicas y arqueológicas. La ciudad de Pedro de Mendoza, la ciudad de Garay, la de la Emancipación y la de 1880 aparecen no como procesos acabados y sucesivos, sino como arquetipos simbólicos destinados a reaparecer una y otra vez.

Una mirada sensorial y poética sobre nuestras ciudades nos ubica en un territorio donde podemos ver no procesos urbanísticos acabados, sino a la ciudad como un texto donde cada capa de escritura se transparenta sobre la otra.

TECNOPOLIS DE LA PAMPA

Toda la obra de Martínez Estrada, en cierto modo, es una perpetua discusión con Sarmiento. Discusión por cuanto las contradicciones inaugurales que aparecen en el Facundo se encuentran siempre en el horizonte conceptual de Martínez Estrada. Si Sarmiento veía un quiebre entre la Barbarie (Rural, Hispanoamericana) y la Civilización (Urbana, Europeizante) Martínez Estrada tiende a verlas como fuerzas centrípetas en torno a un pecado original y originario: el hecho colonial. El hecho colonial que enquistó a Europa en la naturaleza salvaje de América, donde, de allí en más, se repite el mismo fenómeno de inautenticidad. “en la distinción entre culturas genuinas y culturas bastardas que establece Sapir, la nuestra, que se ha formado por aportaciones heteróclitas, corresponde a estas últimas” (Sarmiento, 61). Por ende, la admiración sarmientina por USA tiene ese mismo cariz. Admiración por una sociedad envilecida por la alienación, la técnica y la bastardía cultural. En algún punto, su adhesión a los procesos revolucionarios latinoamericanos y su antiimperialismo de los 60 ancla en ese mismo punto, podríamos decir, arielista. Si recordamos los 60 la crítica de arte Marta Traba –por ejemplo- ubicaba al arte pop norteamericano como símbolo de una cultura decadente y completamente alienada a la sociedad de consumo.

Por otra parte, el hecho colonial marca una contradicción entre las empresas humanas de origen imperial y la tierra. Si hay algo de religioso en Martínez Estrada no es por sus dotes de profeta, sino por su fe ciega en la dependencia de las relaciones sociales históricas a la naturaleza, o en todo, caso, el territorio. La naturaleza crea historia y crea sujetos. Después de todo, su maestro, Sarmiento, suponía que el vasto desierto pampeano creaba a los diferentes sujetos sociales. Pero, según su relectura, “las culturas bárbaras son culturas genuinas y al calificar Sarmiento de barbarie a nuestra cultura campesina se refería a la hibridación de lo salvaje y lo civilizado” (Sarmiento, 61). Las culturas campesinas que viven en el desarraigo son antiurbanas pues no ven en ellas más que la figura del colonizador. Por eso, toda forma de arraigo implica una transacción donde la barbarie espera agazapada tras la civilización inauténtica. Para Martínez Estrada, las ciudades son lugares de culturas bastardas, sin identidad. En suma, hay una cultura de Caliban (en el sentido que le da Rodó) que es el abismo de la historia. ¿Que lugar ocupan las ciudades en semejante cosmogonía?

MOVIMIENTOS URBANOS

Contemplando las profecías y viñetas de “La Cabeza de Goliath”, podemos decir, con Corboz, que “no hay territorio sin imaginario del territorio” (Corboz, 2010, 202). Es decir que una ciudad es un espacio, un entramado de relaciones sociales, un producto de teorías arquitectónicas, un conjunto de simbolismos, un mapa, un territorio... y también es una entidad imaginaria. En la marea de lo

imaginario, más que transitarla, los urbícolas nos hundimos en ella, así como en el mito, más que explicar el entorno, somos atrapados por él. Si el urbícola se mimetiza con el entorno urbano, no es por una voluntad intencional, sino que el entorno se inscribe en él. Desde Caillois a Lacan sabemos que los seres vivos tenemos una relación corporal, mimética, especular, con las imágenes del entorno. Así, nuestro propio cuerpo es un espacio imaginario navegando por el espacio urbano. Ese “sentimiento oceánico” generalmente crea, paradójicamente, conductas de desapego e indiferencia: el *blasiertheit* de Simmel como respuesta a la sobrecarga de estímulos nerviosos. La búsqueda de la racionalidad y el cálculo, y el achatamiento de las emociones ante la nerviosidad moderna. Cualquier pintura de Hopper, con personas cercanas a muñecos, da buena cuenta de esto. Y también del abandono melancólico que esto crea. En algún sentido, Martínez Estrada es la escritura melancólica de Buenos Aires.

Para vivir en una ciudad, necesitamos orientación, que nuestros movimientos tengan una lógica y seguridad mínimas, crear un entorno emocionalmente predecible. La ciudad es una construcción imaginaria, es a través de la imaginación urbana que el urbícola da una estructura y una identidad a los espacios y las personas que lo habitan. En una ciudad en que pocos se conocen entre sí, se imagina en comunidad con otros habitantes como él, o de las propias fronteras de la ciudad. En suma, la ciudad desconocida crea ficciones de lugar conocido. En el modo de vida urbano debemos construir representaciones para posibilitar nuestra vida cotidiana.

De aquí podemos retomar, como bien sugiere Christian Ferrer, que para Martínez Estrada, la ciudad es -en primer término- una experiencia sensorial y corporal. Las sucesivas capas telúricas que constituyen el mito histórico fundante de la ciudad son constantemente percibibles en ese espacio textual que es el palimpsesto urbano. Martínez Estrada sugiere observar, en las construcciones céntricas, los frentes de los edificios para ver como en las sucesivas construcciones podemos acceder a esa arqueología.

Indudablemente, cuando pensamos el territorio desde el punto de vista sensorial, estamos hablando de paisaje.

Si nos acercamos a uno de sus maestros, Simmel, y leemos negativamente su *Filosofía del Paisaje* (las relaciones del hombre frente al paisaje “natural”) podemos ver como el paisaje urbano ha roto la unidad y la infinitud (¿divinas?) de la naturaleza. Sin embargo, esa “naturaleza”, desde el punto de vista del observador, siempre es limitada, aparece siempre dentro de un marco o ventana. Solo los sujetos se enamoran de un “paisaje” y reconstruyen a partir de su mirada enmarcada esa infinitud y esa unidad, variante naturalista del sentimiento religioso. El amor a la naturaleza siempre es pérdida, nostalgia, fragmento perdido para siempre. Y siempre nos llama.

El amor a lo rural de Martínez Estrada, y su desencanto ante las urbes tiene esa marca perpetua. Si la naturaleza en sus tiempos cíclicos, su infinitud y su unidad llama a ser mirada, las grandes metrópolis, con su bombardeo continuo de estímulos llaman a la indiferencia. Esa es la relación del hombre moderno con el paisaje, y la mirada a la “naturaleza” solo tiende a subsistir, como una utopía, en aquellas culturas que se han construido en base a una unidad con lo natural y cuya cultura no está en contradicción con la tierra, sino que es una prolongación de la misma.

Recapitulando: entonces, la relación del urbícola con las ciudades, es básicamente sensorial, un fenómeno de los sentidos “A Buenos Aires se lo interpreta con los ojos porque ha sido construido para ser visto” (Cabeza de Goliat, 36). La ciudad inauténtica llama permanentemente a ser mirada, donde, en un domino de relaciones, también los otros sentidos entran en juego: “el tacto de la ciudad es percibido con los pies (...), después del pie, sigue el cuerpo como órgano urbano de palpación” (Cabeza de Goliat, 101). En suma, “Buenos Aires es un fenómeno psicológico (...) en el sentido con que Keyserling asevera que las naciones (...) son ante todo fenómenos de sugestión” (Cabeza de Goliat, 26)

Una historia sensorial de las ciudades nos conecta con no solo con nuestros modos de verla, sino del modo en que la cultura nos hace mirarla. La mirada es algo más allá del sujeto, se relaciona más que con la actividad del ojo, con un determinado objeto llamado a ser mirado. Martínez Estrada, en realidad mas cercano a un radiógrafo desencantado que a un flaneur esteticista, no solo ve como la ciudad se hace llamada a mirar, sino del modo en que estas imágenes se tornan constitutivas del sujeto urbano. En las viñetas de La Cabeza...una simple visita a un enfermo en el hospital, se transforma, para el autor, en el modo en que no solo la enfermedad, sino la estructura del hospital como extensión del desencanto urbano, construye la imagen del cuerpo deforme del enfermo. Al fin y al cabo, el propio Martínez Estrada reproducirá en la imagen de su propio cuerpo patológico los avatares de la política, la invasión de la ciudad por lo que el consideraba una suerte de mal metafísico. En suma, el urbícola es un cuerpo moldeado y autopercebido a través las imágenes y textos de ese palimpsesto urbano que refleja la historia mítica de la ciudad.

ESE MONSTRUO

Como hablábamos anteriormente, resulta paradójal que alguien que produjo su obra en constante dialogo con Sarmiento tome a las ciudades como malignos focos de alienación e inauténticidad, y en cierto modo, sueñe un poético retorno a la naturaleza. Sin embargo, el clima antiurbano ya desde fines del siglo XIX estaba en el aire. Para los grupos dominantes las ciudades se habían vuelto

conflictivas, prisioneras de la enfermedad y el crimen, y la propia oligarquía había comenzado a crear la mitología de una Arcadia rural, lo cual no solo produjo escenas grotescas como las de la obra teatral “Al campo” de Nicolás Granada, sino proyectos urbanísticos que procuraban llevar la naturaleza a las grandes ciudades. El esquema grilla/ parque, las variadas formas de ciudad jardín... hasta llegar a los clubes de campo marcan una tendencia en las grandes capitales. También podemos ver esto en los ensueños del patrón de estancia y bon vivant europeísta Ricardo Güiraldes que reconstruye imaginariamente un mundo gaucho donde había una armonía perfecta entre sujetos y naturaleza. También, debemos tener en cuenta que Martínez Estrada comienza su obra sociológica en pleno crack del 30, donde el universo “de los ganados y las mieses” entra en decadencia.

Pero para Martínez Estrada, fundamentalmente, Buenos Aires es un implante inauténtico sobre la pampa salvaje, un trozo extranjero y colonial injertado. Ya en Radiografía de la Pampa, nos advierte: “Lo que en realidad se hizo, en vez de desprender América de España, fue desprender España; y quedó, como un fragmento de ella, Buenos Aires.”(Radiografía de la pampa, 2001, 124). En suma, Buenos Aires es un implante artificial en la pampa bárbara, creado para la perpetua succión de las energías del país, el fenómeno colonial fundante. En otras palabras, “Poseer tierra era poseer ciudades que se edificarían en lo futuro (...) dominar gentes que las poblarían en lo futuro (...) lo demás no tenía valor” (Radiografía...7). A partir de allí, “ha crecido fenomenalmente su cabeza de virreina” (Ídem, 33).

Buenos Aires aparece no solo como la cabeza que crece a expensas del cuerpo, sino, para alguien preocupado esencialmente por lo moral, es la sede de lo inauténtico, en términos de su admirado Sapir, cultura bastarda. Comparada a otras ciudades, Buenos Aires carece de identidad propia, es la típica ciudad “dependiente” del capitalismo periférico pero, analizada esta dependencia en términos morales, un trozo cultural de la España colonial a la cual, las diferentes formas imperiales posteriores imprimen una imagen alienante. En esa cultura urbana dependiente y bastarda, Martínez Estrada encuentra su mal estar.

De algún modo, no resulta extraño que hacia al final de su vida haya admirado a unos jóvenes que abandonaban una cómoda vida urbana para volver a la naturaleza con el Garand en la mano con la fe ciega que “la ciudad era cementerio de revolucionarios”

INVASIONES

En medio de sus imprecaciones contra el peronismo, para Martínez Estrada la ciudad aparece invadida por una “excrecencia social”, casi al estilo de las hordas fascistas, que de algún lado aparecen cíclicamente: Rosas, Yrigoyen, Perón, son sus figuras movilizadoras. De algún modo,

alguien que esperaba la aparición de “la libertad verdadera (que) llegará desde el fondo de los campos, bárbara y ciega, como la vez anterior para barrer con la esclavitud, la servidumbre intelectual y la mentira opulenta de las ciudades vendidas” (Radiografía, 60), se encontraba, por así decirlo, frente a su propia creación intelectual. Podemos entender esta sorpresa por el lado de la clase media intelectualizada: el peronismo, en las ciudades, creo en la clase media cierta sensación de “casa tomada”, donde determinados sujetos sociales, antes destinados a las orillas, de pronto invadían los lugares antes vedados. Ya no había demasiada tranquilidad para la bohemia tolerada en los lugares de encuentro habituales... ni siquiera espacios para la soledad. Los cabecitas negras, ese “subsuelo de la patria sublevado”, se apropiaban del espacio urbano y lo reescribían. Andar es caminar con los pies, decía De Certeau. En los espacios pertenecientes al poder económico, y en los espacios tolerados de la clase media, de pronto, desconocidos irrumpen.

Hasta podríamos pensar que en ¿Qué es esto? Martínez Estrada tiene un enfrentamiento con su propia creación imaginaria tal como José Hernández entra en contradicción con su Martín Fierro. Si al final de la primera parte del poema, esos gauchos cimarrones van a buscar cobijo con sus hermanos indígenas, en la Vuelta ese sincretismo resulta –según la mirada de José Hernández, catastrófico. Así termina el poema deseando un gaucho ciudadano y escolarizado. Por su parte, Martínez Estrada, que esperaba a las fuerzas de la barbarie arrasando la ciudad, no sabe que hacer con ellas. Tal vez porque carecen de un tono trágico, son dionisiacas y alegres. Pero Martínez Estrada tampoco supo que hacer con las acciones de la clase dominante en la Libertadora. Tal vez Cuba viniera a dar una respuesta.

MIRADAS AMARGAS SOBRE LA CIUDAD ACTUAL

Se nos impone pensar que pensaría Martínez Estrada, o, mejor dicho, como apoyarnos en las intuiciones urbanas de Martínez Estrada para comprender las actuales ciudades posmodernas, o globales.

En primer lugar, las ciudades actuales, como objeto percibido, no solo se expresan a través de las diferentes formas arquitectónicas, sino también como espectáculo multimedia. Ciertos autores, como Sorkin, suponen que el texto de la ciudad actual es cercano a un discurso televisivo. A las capas geológicas de la arquitectura urbana se superpone un vendaval de imágenes electrónicas. Esa cabeza inauténtica que es Buenos Aires aparece directamente conectada a las bases del poder imperial en su condición de nodo global como suelen ser las grandes capitales.

Por otro lado, ha habido una crisis de los puntos de encuentro. Más allá de los no lugares, las formas de desencontrarnos en lugares escasamente antrópicos, el urbícola se encuentra, en la calle, mas unido a través de redes permanentes que a través del contacto corporal. Si en la época de La Cabeza... la ciudad creaba contactos fríos y conflictivos, la ciudad posmoderna provee escasos contactos entre gente encerrada en los auriculares y los smartphones.

En tercer lugar, hemos dicho que las grandes ciudades en la actualidad tienden a transformarse en grandes nodos de redes globales de mercancías, información, finanzas, migrantes, cultura. No solamente esto cambia de raíz a las ciudades, sino que viene a potenciar su dualidad, donde hay zonas donde se vive en un clima cercano a capitales del primer mundo, mientras que otra ciudad se encierra cada vez más en su ghetto. Nuestras capitales latinoamericanas aparecen por un lado con un brillo internacional en ciertas zonas, con la oscuridad de miseria y segregación en el otro.

Así, al nivel de las percepciones, tenemos una ciudad tematizada, acorde a los parámetros turísticos y corporativos, donde lo local se transforma en fetiche desnaturalizado, y una ciudad que tiende a desaparecer en medio del deterioro y la miseria. Lo que se muestra de la ciudad, la tarjeta postal, es una escenografía para los privilegiados globales.

Si pensamos las relaciones entre ciudad y naturaleza, mas allá de la catástrofe ecológica con que el capitalismo amenaza en su cultura depredadora, el urbícola, más que nostalgia por el pasado pastoril, tiende a crearse espacios alienados, cosificados, de simulacro de naturaleza. De ese modo los grupos dominantes tienden a crearse un clima alienado de “retorno a la naturaleza” a través de una progresiva suburbanización huyendo de la contaminación del aire y del aire contaminado de los “otros”, creándose una vida aldeana artificial. De algún modo, la única posibilidad de reestablecer cierta unidad entre hombre y naturaleza, y por extensión, entre ciudad y naturaleza, proviene de las concepciones alternativas chi'xi a la modernidad dominante que traen consigo los vapuleados inmigrantes en las zonas bajas de la ciudad, para quienes el mundo del hombre y el mundo de la naturaleza, mas que estar en oposición, son complementarios porque en la naturaleza la existencia social se prolonga y realiza.

También no es un tema menor la progresiva pérdida de identidad de Buenos Aires: la modernidad tardía busca ansiosamente fetiches del pasado para exhibir en el mercado, o crea profundos tajos al estilo Barón Haussman en su ansiedad de obra publica donde –al menos en la zona céntrica- la ciudad collage que yuxtapone la memoria de las ciudades en cemento queda relegada bajo un estereotipo rígido pero vendible. Se piensa a la ciudad como una maquina económica donde cada espacio esta pensado para cada sujeto antes que un lugar complejo, conflictivo y multiforme concebido para la participación ciudadana.

Por eso, ante las ciudades que surgen a la vera de la reacción neoliberal, con su civismo pop (Hal Foster), sus tematizaciones, sus rígidas exclusiones y su culto a la vecinocracia (Rodríguez Alzuela), con su cáscara de colorido liberalismo que oculta el mas oscuro conservadurismo, en suma, ciudades vaciadas de toda identidad y sentimiento ciudadano ¿No será revolucionario rescatar a un caminante indignado como Martínez Estrada?

BIBLIOGRAFÍA

- Caillois, Roger (1999) El mito y el hombre, FCE, Mexico
- Corboz, Andre (2010) Orden disperso, Unqui, Buenos Aires
- Ferrer, Christian (2005) La amargura metódica, Sudamericana, Buenos Aires
- Foster, Hal (2010) El complejo arte arquitectura, Trilce, Buenos Aires
- Mafud, Julio (1970) El desarraigo argentino, Buenos Aires, Americalee
- Martínez Estrada (1999) Diferencias y semejanzas entre los países de America, Ayacucho, Caracas
- Martínez Estrada, Ezequiel (1957) Que es esto?, Buenos Aires, Elmer Editor
- Martínez Estrada, Ezequiel (1972) Poesías. Buenos Aires, Eudeba
- Martínez Estrada, Ezequiel (2000) La Cabeza de Goliat, Buenos Aires, Proyectos editoriales
- Martínez Estrada, Ezequiel (2010) Radiografía de la Pampa, Buenos Aires, Eudeba
- Ramos, Jorge Abelardo (1969) Crisis y resurrección de la literatura argentina, Coyoacan, Buenos Aires
- Rodríguez Aizueta (2019) Vecinocracia, EME, Buenos Aires
- Sebreli; Juan José (1960) Martínez Estrada, una rebelión inútil, Buenos Aires, Jorge Álvarez
- Simmel, Georg (1940) Sociología, Espasa Calpe, Madrid
- Simmel, Georg (1989) El individuo y la libertad, Península, Madrid
- Sorkin et al (2002) Variaciones sobre un parque temático, Gustavo Gili, Barcelona
- Traba, Marta (2001) Mirar en America, Ayacucho, Caracas